

## Del amor cortés al feminismo hegemónico

Ferran Toutain | Escritor y miembro del Consejo Asesor del Club Tocqueville



Ilustración: María María Acha-Kutscher

### Resumen

Las dificultades para contener el impulso sexual masculino y prevenir sus consecuencias indeseables han sido un motivo de preocupación constante en el desarrollo de la civilización occidental. Entre finales del siglo XI y principios del XIII, los romances bretones y la poesía trovadoresca de Provenza configuraron un código de conducta de las relaciones amorosas que tuvo una influencia determinante en los conceptos de amor, deseo, erotismo y fidelidad, y que, en buena medida, fue seguido en la realidad por las clases nobles e incluso por los plebeyos de la Europa meridional. Es lo que se dio en llamar amor cortés, una clase de relación entre un caballero y una dama que, en su forma más pura, aunque no en todos los casos, rechazaba el conocimiento carnal y mantenía, de este modo, la relación de los amantes en un estado espiritual más tendente al misticismo que al erotismo.

En *El amor y Occidente*, de Denis de Rougemont, quizás la más importante obra de referencia sobre el tema, se explica el nacimiento y la expansión del amor cortés como una reacción a la brutalidad con que la sociedad feudal trataba a las mujeres en unos tiempos en que el matrimonio era una

institución tendente a aumentar, mediante la adquisición de las dotes nupciales, la riqueza y las propiedades de un señor feudal y que nada tenía que ver con el amor. Esa reacción une los códigos de honor propios de la caballería, las ansias espirituales de las comunidades burguesas y la visión cristiana de las debilidades humanas, con su perdón y su enmienda, para ofrecer unos procederes respetuosos, piadosos y al mismo tiempo apasionados en la experiencia del enamoramiento y la seducción. El amor cortés ha dejado en la sociedad occidental la huella que impone la cortesía, el galanteo, la caballerosidad y, en definitiva, la voluntad masculina de canalizar sus deseos de origen biológico en una sublimación del impulso erótico. Durante la baja Edad Media, en amplios sectores de la nobleza y la burguesía, la mujer reinó sobre el hombre y fue tratada con devoción y delicadeza. Somos en buena parte herederos de esa tradición.

En nuestro siglo, el feminismo de cuarta ola y la ideología de género, que no pueden ya luchar por los derechos de la mujer, pues están felizmente reconocidos en las sociedades democráticas, pretenden ahora ignorar el esfuerzo de nuestra

civilización por resolver el conflicto inherente a las distintas naturalezas sexuales de ambos géneros, e imponer, en nombre de las iniquidades de la historia, un juicio de intenciones genéricas a la condición de varón que condena el arte de la seducción, la cortesía y hasta la mirada intencionada como precursores de la llamada violencia de género. Esta tendencia ya ocupa los poderes cultural y político, y en opinión de algunos de los más importantes ensayistas de nuestro tiempo, constituye un desafío a la civilización occidental.

### Artículo

En *Del amor*<sup>1</sup>, Stendhal refiere el caso de un poeta medieval que, habiendo ofendido a su dama, pasó dos largos años de sufrimiento hasta que ella se dignó recibirle y le dijo que, si quería su perdón, debía arrancarse una uña y luego reunir a cincuenta caballeros enamorados y fieles para que fueran a presentársela. Así lo hizo el poeta y, tras la imponente ceremonia de presentación de la uña, vino la reconciliación y volvió la felicidad. Más frecuente era que, ya fuese como reparación de una ofensa o simplemente como prueba de amor, las damas pidieran a sus caballeros que pasaran unos años en los campamentos de los cruzados de Tierra Santa, y si tal era el deseo de su amada el enamorado lo cumplía sin vacilación. Como señala Denis de Rougemont<sup>2</sup>, el amor cortés imponía al caballero un doble vasallaje, a su señor y a su dama, y el segundo no era menos obligado que el primero, de modo que, en la Europa meridional, las mujeres cortejadas gozaron durante la baja Edad Media de un poderoso dominio sobre los hombres.

Con sus leyendas y sus mitos, el amor cortés nos ha llegado a través del *roman bretón* y de la poesía trovadoresca provenzal, pero, aunque ese código de amor tenga un origen literario, sabemos por

1 Stendhal, *Del amor*. Madrid, Alianza editorial, 2018, p. 248

2 Denis de Rougemont, *El amor y Occidente*. Barcelona, Kairós, 1979, pp. 33-34.

**El amor cortés imponía al caballero un doble vasallaje, a su señor y a su dama, y el segundo no era menos obligado que el primero, de modo que, en la Europa meridional, las mujeres cortejadas gozaron durante la baja Edad Media de un poderoso dominio sobre los hombres.**

los documentos que lo atestiguan que fue hasta cierto punto seguido en la realidad por las clases nobles. Por otra parte, en la floreciente Provenza de aquellos tiempos, la vida burguesa que llevaban los estamentos populares invitaba a los plebeyos a imitar las costumbres de la nobleza, y es así que la sociedad provenzal en su conjunto practicó el juego del amor cortés. Sus normas eran estrictas y el honor del caballero, así como su temor a perder el favor de la dama a la que requería de amores, hacían impensable su incumplimiento. En primer lugar, el amor debe mantenerse en secreto, en parte porque se trata de una relación adúltera, ya que la dama que se corteja es siempre mujer casada, y, en parte, porque constituye más una experiencia espiritual que material, lo que da a su ejercicio una trascendencia cuasi religiosa, puesto que la dama es adorada como un ser divino y no perseguida como un objeto de deseo carnal. En consecuencia, el amor cortés puro rechaza el coito y somete al enamorado al arbitrio de su amada, a la que debe servir en todo lo que le solicite, proteger su persona y su reputación, serle por siempre fiel y estar dispuesto a morir por ella. En uno de los libros que más influyeron en la fijación y extensión de las normas del amor cortés, el *De amore* de Andrés el Capellán, escrito probablemente a inicios del siglo XIII, se describen la naturaleza y los atributos de los usos amorosos de la época. El que habla es un caballero de la alta nobleza que argumenta su requerimiento amoroso ante una dama también de la alta nobleza:

*Pero yo deseo explicaros otra cosa que llevo en la cabeza y que sé que muchos ocultan en su corazón y que creo que vos tampoco ignoráis: que hay un amor que se llama “puro” y otro “mixto”. El amor puro es el que une los corazones de los amantes con toda la fuerza del afecto. Este consiste en la contemplación de la mente y en el afecto del corazón, llega hasta el beso en la boca, el abrazo y el contacto público con la amante desnuda, pero excluyendo el último solaz, pues este no está permitido a los que quieren un amor puro. Este es, en verdad, el amor que deben abrazar con todas sus fuerzas todos los que quieren amar.<sup>3</sup>*

El amor puro no se diferencia del amor mixto más que en la prohibición del coito, pues este último, aun cuando sigue todos los protocolos del amor cortés, no renuncia a culminar «en el acto final de Venus». Por boca de su noble caballero, el autor del *De amore* no recomienda el amor mixto porque «se desvanece pronto, dura poco tiempo y generalmente se arrepiente de lo que ha hecho, daña al prójimo, ofende al Rey Celestial y de él se siguen más graves consecuencias». Sin embargo, como subraya Enrique Montero en su reciente y espléndida edición del libro de Andrés el Capellán, lo considera también un amor verdadero y loable, y debe entenderse como una variante del amor cortés. Por otra parte, el

3 Andrés el Capellán, *El amor (cortés)*. Edición de Enrique Montero Cartelle. Madrid, Akal, 2020, p. 125.



Imagen: Codex Manesse

caballero ya hizo saber antes a su dama lo que piensa sobre la debilidad de la carne: «Creo, con todo, que el amor no puede ofender gravemente, pues lo que se hace por impulso de la naturaleza, se puede expiar con una cómoda penitencia»<sup>4</sup>. Y más adelante insistirá en lo mismo con palabras más explícitas: «Aunque comparta el destino de los clérigos, sin embargo, como hombre, he sido concebido en pecado y estoy inclinado por mi naturaleza a los destinos de la carne como todos los demás»<sup>5</sup>, lo que da idea del papel que juega el cristianismo -su realización menos doctrinaria y más mundana-, en la conciliación del amor cortés con las inclinaciones naturales del ser humano. Un siglo más tarde el Arcipreste de Hita dirá, en los prólogos del *Libro de buen amor*, una obra escrita en la senda del *De amore*: «Empero, porque es umanal cosa el pecar, si algunos, lo que non los consejo, quisieren usar del loco amor, aquí fallarán algunas maneras para ello»<sup>6</sup>. Con lo que pone la decisión sobre nuestra manera de obrar en la capacidad de discernimiento que Dios nos ha dado (*intellectum tibi dabo*), en la responsabilidad de cada individuo con sus actos, que -a diferencia del feminismo contemporáneo- no juzga más que por sus consecuencias. Si bien el ideal caballeresco sitúa la pureza en la cúspide de las relaciones amorosas, lo relevante del influjo que deja el amor cortés en la cultura occidental es el arte de la seducción, la práctica de la cortesía, la obligación del amante de contener sus deseos carnales, sea la consumación de estos una aspiración que queda fuera del incesante juego de requiebro y sumisión o la verdadera finalidad de sus trabajosos procederes.

En su ensayo sobre el romance de *Tristán e Isolda* -mito fundacional del amor puro-, Denis de Rougemont hace notar que en el ideal de pureza hay una forma torturada de placer mental que también ha condicionado una noción del amor, especialmente literaria, alimentada en Occidente.

4 *Ibid.*, p. 117.

5 *Ibid.*, p. 126.

6 Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*. Madrid, Espasa Calpe, 1974, pp. 12-13.

Rougemont cita una frase de la obra de Claude Fauriel *Histoire de la poésie provençale* (1846) que revela la naturaleza voluntariamente sufriente del *donnoi* (*domnei* en provenzal) o compromiso de vasallaje que el caballero adquiere para con su dama: «No sabe de *donnoi* verdaderamente nada quien desea la entera posesión de su dama. *Deja de ser amor lo que se convierte en realidad*»<sup>7</sup>. Lo podemos ver como una experiencia ascética o como una perversión de la sensualidad, en tanto que el goce del amante se encuentra en la dilación infinita, pues el cumplimiento de un acto siempre será inferior a su ensoñación; disparidad que, por otra parte, y por obra del nuevo culto que los románticos, con su interés por el Medioevo, rendirán al deseo insatisfecho, llega hasta los poetas simbolistas y surrealistas y conforma una de las singularidades del alma de Occidente. La paradoja que exagera con su imposible realización el placer del acto imaginado implica igualmente una idealización de la relación amorosa que ha funcionado en nuestra cultura como un contrapeso a la perentoria satisfacción del impulso carnal.

Rougemont explica que el amor cortés aparece por oposición a los abusos y las crueldades del régimen feudal, en el que la mujer, codiciada únicamente por la dote que podía aportar al matrimonio, era considerada como una propiedad, y a menudo repudiada si su señor veía la oportunidad de recibir mayor dote de una nueva esposa, aunque, incluso sin tener en cuenta los abusos feudales, el matrimonio se entendía en la época como un contrato para la procreación y la obtención de intereses materiales, y el amor debía encontrarse necesariamente en otra parte. «Mas como sé que entre marido y mujer no puede haber en absoluto amor -le dice el caballero a su dama- (...) y como en esta vida nadie puede llegar a ser bueno, si no toma su origen en el amor, con razón me veo obligado a buscar el amor fuera de los lazos matrimoniales».<sup>8</sup>

En contraposición a esa forma desapasionada y práctica, y a menudo brutal, de entender las relaciones conyugales, el ideal del amor cortés -puro o mixto- ofrecía a las damas el respeto, la fidelidad, la protección y el afecto insobornable de sus caballeros, en lo que Stendhal llama «la verdadera civilización»:

*Otra señal de que estas costumbres estaban muy adelantadas en el camino de la verdadera civilización es que, apenas salidos de los horrores de la Edad Media y del feudalismo, en que la fuerza lo era todo, vemos al sexo más débil menos tiranizado de lo que está legalmente hoy [1822]; las pobres y débiles criaturas que tienen más que perder en amor y cuyos atractivos desaparecen más pronto son allí dueñas del destino de los hombres que a ellas se aproximan.*<sup>9</sup>

### **No es verdad, como pretenden las tendencias dominantes del feminismo, que la historia de las costumbres europeas haya consistido siempre en la brutalización de la mujer.**

No es, pues, verdad, como pretenden las tendencias actualmente dominantes del movimiento feminista, que la historia de las costumbres europeas haya consistido siempre en la brutalización de la mujer, en su reducción -dicen algunos- a la condición de esclava sexual. En realidad, la cultura occidental, en su proceso civilatorio, ha procurado contener el impulso salvaje del deseo sexual masculino dándole un camino a seguir y fortificándolo con las amenazas del deshonor, el ostracismo o la cárcel. Enrique Montero acaba su introducción al libro de Andrés el Capellán parafraseando un artículo de Alain Finkielkraut que le mueve a esta reflexión:

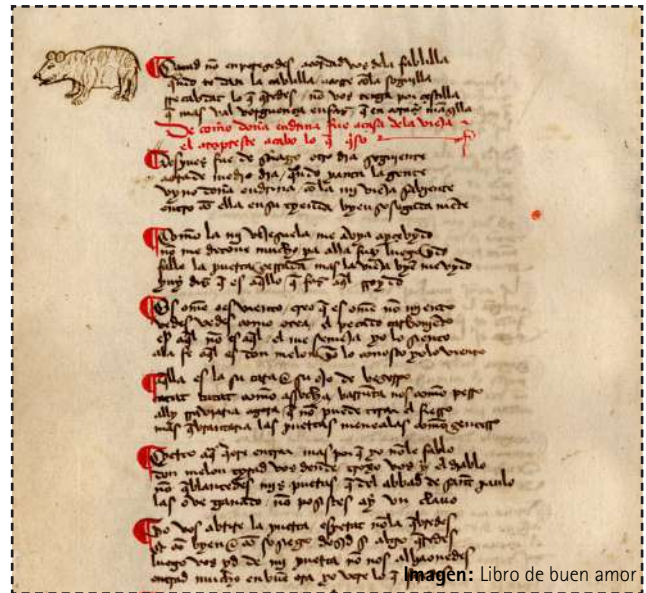
<sup>7</sup> Rougemont, *op. cit.*, pp. 34-35. Cursiva original.

<sup>8</sup> Andrés el Capellán, *op. cit.*, p. 121.

<sup>9</sup> Stendhal, *op. cit.*, p. 246-247. Cursiva original.

*Andando el tiempo, de todo ello sólo quedó en la cultura social una noción más o menos viva de caballeridad, galanteo y cortesía con la dama hasta la llegada de ciertos movimientos de nuestros días que criminalizan la cortesía y la galantería, es decir, la civilización. La seducción del juego amoroso que remonta a los tiempos del amor cortés ha sido condenada.<sup>10</sup>*

El artículo de Finkielkraut es de 2015; desde entonces, los movimientos aludidos han pasado de tener una influencia creciente en el mundo cultural y educativo a ocupar, al final de esta segunda década del siglo XXI, importantes espacios de poder, entre los que se incluyen instituciones y gobiernos. Impresiona, por otro lado, la fuerza y la celeridad con que las pretensiones de esos movimientos logran imponerse como corrección política a sociedades enteras. En contraste con el simplismo que entrañan muchas de sus afirmaciones, su estructura de poder es compleja. En él se amalgaman el feminismo de cuarta ola y la ideología de género, que a veces se han confundido en un mismo combate, y a veces -singularmente en el momento presente- se han mostrado mutuamente los colmillos. Debemos al primero la censura de libros y películas, las cuotas femeninas para garantizar la paridad en todos los ámbitos, la criminalización de la naturaleza masculina, el control de las relaciones privadas, la humillación de las lenguas. La mayor aportación del segundo es la extinción de la división en sexos: no solo han impuesto en los cerebros de millones de jóvenes la idea según la cual el *género*, es decir, las características socioculturales de cada sexo, es una construcción social, sino que también han acabado negando la legitimidad del sexo de origen biológico. No admiten que se diga de alguien que nació varón o hembra; la frase apropiada para referirse a la condición sexual de una persona es «el sexo que le asignaron en su nacimiento», y en algunos países ya se promulgan y se aprueban leyes que permiten el retraso con fármacos de la pubertad para que cada individuo



pueda decidir el sexo al que quiere pertenecer, y la adquisición de un género por simple declaración del interesado. Estas últimas determinaciones de la ideología de género han provocado la ruptura definitiva con el movimiento feminista, pues si bien ambos comparten su lucha contra un diablo al que llaman Patriarcado, con sus *vade retro* verbales y su exorcización de los poseídos, el feminismo no puede permitir que le baste a un hombre cualquiera pronunciar unas palabras mágicas («yo soy mujer») para tener derecho a compartir los servicios con las señoras, cachearlas en los controles de los aeropuertos o robarles las cuotas que les garantizan su acceso a determinados puestos. Esta situación pone a nuestro tiempo más cerca de lo que imaginamos que fue la Edad Media que de la sociedad que en el siglo XII practicaba el amor cortés. El feminismo, por su parte, ha ido creando ante los acomodados ojos de la sociedad un código de antiamor que resulta punto por punto la antítesis de la caballeridad medieval. Es esa constatación lo que motiva las reacciones de Finkielkraut y de Montero. Con la criminalización del halago en el cortejo y la fiscalización obsesiva de las actitudes masculinas -la invención de los llamados micromachismos-, campañas a las que ha seguido la prohibición de la mirada, en un proceso que no puede llevar sino

<sup>10</sup> Andrés el Capellán, op. cit., p. 34.

a una invisibilización de la mujer -por usar con pertinencia una de las palabras más queridas por el movimiento-, a la manera de otras culturas distintas a la cristiana, el nuevo feminismo muestra su voluntad de derribar los pilares de la convivencia entre los sexos. En un artículo publicado en la revista digital *Quillette*, la profesora de literatura y ensayista especializada en la obra de Shakespeare Marilyn Simon aborda oportunamente el tema que nos ocupa como conclusión de su respuesta a una apropiación absurda del personaje de la esposa de Macbeth por parte del feminismo:

*La historia de la civilización es, en muchos aspectos, la de nuestra lucha con el intrincado problema de la sexualidad humana: el conflicto entre nuestra naturaleza y nuestra razón. Algunas culturas han optado por considerar que es mejor eliminar la tiránica naturaleza sexual de los hombres ocultando a sus tiranas, y ahí tenemos el burka, por ejemplo, como un intento de minimizar la constante presión mordedora del instinto sexual masculino, con mayor o menor éxito. En Occidente, se han adoptado otros códigos. La influencia de la Cristiandad, las ideas de sacrificio personal, servicio y dignidad humana se han mezclado con las bárbaras culturas de los guerreros, dando lugar a los códigos de la caballería. Esa visión de nuestra sexualidad no ha funcionado perfectamente, pero, a fin de cuentas, no ha dado mal resultado. Sin embargo, ahora están cambiando los fundamentos de la civilización occidental, no por influencias externas, sino desde dentro, y lo que se desapruueba son las convenciones de las actitudes caballerosas. ¿Qué vendrá después? ¿La venganza de las mujeres?!*<sup>11</sup>

Que estamos ante un desafío a la civilización occidental es algo en lo que han insistido todos los pensadores conscientes de lo que está ocurriendo. Así, por ejemplo, Camille Paglia, en *Sexual Personae*, su extenso y profundo ensayo sobre la diferenciación sexual y sus interacciones a lo largo de la historia humana, escribía estas palabras en

<sup>11</sup> <https://quillette.com/2019/07/22/unsex-me-here-and-other-bad-ideas/>

1990, cuando el nuevo feminismo ya provocaba en Estados Unidos sus primeros estragos:

*La formulación más ingenua del feminismo moderno es la afirmación de que la violación no es un delito sexual, sino un delito de violencia, es decir, que es sencillamente el poder disfrazado de sexo. (...) La sociedad es lo que protege a las mujeres de la violación y no, como mantienen absurdamente algunas feministas, su causa. La violación es la expresión sexual de la voluntad de dominio que la naturaleza implanta en todos los humanos y contra la que se alzó la civilización para contenerla.*<sup>12</sup>

**La cultura occidental, en su proceso civilatorio, ha procurado contener el impulso salvaje del deseo sexual masculino dándole un camino a seguir y fortificándolo con las amenazas del deshonor, el ostracismo o la cárcel.**

El auténtico *negacionismo*, palabra que se usó originariamente para referirse a los que negaban los crímenes del nazismo y que luego el feminismo y el ecologismo integrista han prodigado indignamente para designar a sus opositores, es el de quien afirma que la civilización occidental -a la que identifican con el Patriarcado- ha impuesto la esclavitud sexual y la opresión social de la mujer, ignorando los esfuerzos antiguos y las disposiciones legales modernas que, en su labor civilizadora, han puesto su empeño en protegerla de la agresividad del instinto masculino y en dotarla finalmente de una igualdad que hoy nadie puede poner en discusión. Hay, pues, motivos para ver la eclosión del feminismo contemporáneo y su extensión en el poder como un nuevo asalto a la razón, un síntoma más -y quizás el más temible por ser el que posee más medios- del desprecio a la tradición de Occidente. En los recientes tiempos

<sup>12</sup> Camille Paglia, *Sexual Personae*. Barcelona, Deusto, 2020, p. 47.

democráticos nunca había habido una separación tan drástica entre los que poseen la hegemonía ideológica en las escuelas, las universidades y los gobiernos, y los ensayistas que analizan libremente la realidad. Filósofos, sociólogos, psicólogos sociales, historiadores y profundos conocedores de la cultura literaria europea llevan años advirtiendo del descalabro mientras la sociedad, ignorante de su pasado y de su presente, cede cada vez más terreno al despotismo.

### Para saber más:

Andrés el Capellán, *El amor (cortés)*. Edición de Enrique Montero Cartelle. Madrid, Akal, 2020.

Bloom, Allan, *Amor y amistad*. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1996.

De la Puerta, Javier, *Refutación del feminismo radical*. Córdoba, Almuzara, 2020.

Khyal, Leyre & Un tío blanco hetero, *Prohibir la manzana y encontrar la serpiente*. Barcelona, Deusto, 2019.

Ortega y Gasset, José, *Estudios sobre el amor*. Madrid, Edaf, 2000.

Paglia, Camille, *Sexual Personae*. Barcelona, Deusto, 2020.

Rougemont, Denis de, *El amor y Occidente*. Barcelona, Kairós, 1979.

*Los mitos del amor*, Barcelona, Kairós, 2009.

Stendhal, *Del amor*. Madrid, Alianza editorial, 2018.



Síguenos en



hola@clubtocqueville.com  
www.clubtocqueville.com

El Club Tocqueville no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas en los textos que publica.

© Club Tocqueville y los autores.